

PRÓLOGO

En 2002, la Universidad de Lleida (UdL) conjuntamente con la asociación cultural Humoràlia, organizadora de diferentes actividades relacionadas con el humor, lanzamos la primera convocatoria de un premio literario destinado a fomentar el humor negro. El éxito de aquella edición decidió a las instituciones que la convocaban a repetirla cada dos años hasta el día de hoy. Los trabajos premiados en aquella convocatoria fueron publicados en la lengua en la que fueron presentados por el Servicio de Publicaciones de la misma universidad. La excelente respuesta que ha ido teniendo esta convocatoria y la calidad de los textos premiados nos ha obligado a ir perfilando las bases y a buscar nuevas fórmulas editoriales. Así, gracias a un convenio con Pagès Editors y Editorial Milenio, las dos empresas leridanas, las obras premiadas verán la luz en dos ediciones distintas: una con todos los textos en lengua catalana, traduciendo, pues, aquéllos que se presentaron en lengua española y, viceversa, una edición en español, traduciendo los textos catalanes. El respeto que en todo momento se merecen todas las lenguas nos ha sugerido que ésta era la mejor solución para un premio que convoca autores y autoras de ambas lenguas. Todo ello, ha comportado un

atraso en los plazos de publicación que de ninguna manera querríamos que repercutiese en el interés que hasta ahora ha desvelado el premio ni en el interés del público lector por este género literario. Para acortar plazos, pues, este volumen contiene los trabajos premiados en la segunda (2005) y tercera (2007) convocatorias. Los premios se entregaron, tal como se instituyó el primer año, el día 2 de noviembre, día de Difuntos, en el cementerio de Lleida, en una ceremonia tan respetuosa hacia la jornada y el espacio, como con la naturaleza de la convocatoria. Querría agradecer y reconocer el trabajo de los jurados: Matías López, profesor de la UdL, presidente de la segunda convocatoria; M. Àngels Grau, escritora; Anna Sáez, periodista; Rosa M. Pérez, médica forense; Xavier Macià, profesor de la UdL, y M. Salomé Ribes, profesora de la UdL y secretaria del jurado. En la tercera convocatoria se incorporaron Julián Acebrón, como presidente, y Albert Turull, ambos profesores de la UdL, en sustitución, respectivamente, de Matías López y Xavier Macià.

Ahora que inexcusablemente todo el mundo y en todo momento debe hablar de la crisis, se podría pensar que tanto la cantidad como la calidad de la participación están relacionadas con el panorama poco optimista que nos toca vivir. Tendremos ocasión de ver en las próximas convocatorias el acierto de esta aseveración. Sin embargo, el lector atento se habrá dado cuenta de que nuestra convocatoria es ya de hace varios años. Es cierto que en aquél ya lejano 2002, el mundo tampoco vivía un momento feliz: el 11 de septiembre fue seguido de un clima bélico que no auguraba nada bueno.

De manera que, por lo que parece, motivos para el humor negro no faltan nunca. Pero más allá de estas razones circunstanciales, la fragilidad y las contradicciones inherentes a la condición humana no sólo suministran cantidad de temas, sino que aconsejan, como se dice en catalán, *riure's del mort i de qui el vetlla* (literalmente, “reírse del muerto y de quien lo vela”, es decir, “reírse de todo y de todos”).

Jaume BARRULL PELEGRÍ

Vicerrector de Actividades Culturales y
Proyección Universitaria
de la Universitat de Lleida

EL TELÉFONO NEGRO

*Primer Premio ex aequo II Concurso Literario
de Humor Negro 2005*

Guillem Rosselló Bujosa

Llamaron al timbre de la puerta exterior.

—¡Qué momento para venir a molestar con un muerto! —se lamentó Inés, la joven secretaria de la empresa familiar funeraria.

Sin embargo, antes de bajar el pie de la mesa y mirar por el monitor, aún se sopló tranquilamente las uñas recién pintadas de los cinco dedos.

—Pase —otorgó después de asegurarse de que el posible cliente no era un miserable de los que sólo te hacen perder el tiempo.

Al cabo de unos segundos un hombre pequeño, calvo, de dedos cortos, piel blanca y muy fina y nariz puntiaguda, avanzó hacia ella por el centro del despacho mientras, de reojo, observaba los féretros que estaban expuestos, derechos, abiertos, a punto para ser empleados. Inés calculó que el visitante debía de tener unos sesenta años mal llevados, porque, a su parecer de mujer acostumbrada a los cadáveres, aquel hombre ya había alcanzado la estampa más perfecta del postulante a difunto, a muerto.

—Mire —se explicó el recién llegado muy nervioso y sin hacer mención alguna a querer sentarse—, he venido porque quería contratar los servicios de su funeraria.

—¿Se ha muerto algún familiar y...?

—¡No! —negó— Lo quiero para mí... Es que no me gustan las improvisaciones en según qué cuestiones que para mí son demasiado importantes, y la muerte es una de ellas —se explicó.

—Délo por hecho, caballero... Claro que —añadió Inés antes de invitarlo con un gesto a sentarse y mientras, disimuladamente, iba leyendo las palabras que tenía algo ensayadas y que estaban escritas con letras de dieciocho puntos en la pantalla del ordenador que se hallaba encendido delante de él—, ya sabrá que nosotros no somos una empresa “normal”, puesto que el mérito de nuestra funeraria, “El lázaro satisfecho, cadáveres sonrientes. No RIP”, está en que no permitimos que nuestros clientes deban preocuparse cuando les llegue la hora de su muerte y, sobre todo, les garantizamos que después, cuando llegue el día en que todos sus familiares y amigos los hayan dejado enterrados y abandonados bajo una gélida lápida del cementerio, no les dejaremos sufrir ninguna ansiedad por si... por uno de esos misterios del destino —comentó la voz premonitoria— sus cuerpos revivieran.

—¡Esto es lo que más miedo me da —murmuró él— revivir y hallarme sepultado dentro del ataúd!

—Y tiene muchas razones para tener pánico —le confirmó Inés dejando que en sus ojitos verdes bailara cierta decepción— porque estoy segura de que un hombre tan inteligente como usted ya se habrá informado de que, hoy por hoy, no hay ningún médico del mundo que esté dispuesto a firmar que, en un instante u otro del futuro, los... los despojos que ellos mismos un día dieron por muertos, no volverán a despertar del sueño eterno y revivirán. ¡Se lavan las manos! —gritó—, pero ¿qué le pasará

al pobre difunto cuando le suceda esto? —pidió Inés de forma directa antes de permitir un lapsus de silencio—. Yo se lo diré —respondió al fin con cierta emoción—, que los desgraciados de los muertos, usted mismo, pongamos por caso —concretó—, se encontrarán solos y encarcelados en una estrecha y terrible caja de madera de la que no podrán salir ni mordeíndola con las uñas ni arañándola con los dientes. ¡Nada! —afirmó con voz alta al darse cuenta de su error—. ¡Nada les servirá para liberarse de la tumba! —gritó—, y en el lento transcurso de las horas siguientes y el sufrimiento, tan solo ellos, usted —volvió a indiciar—, se dará cuenta de la trágica situación que los mata, y entonces volverá a expirar desesperado por el terror que lo ahogará en la peor de las impotencias. ¿Se lo puede imaginar...? —interrogó al fin.

—Sí —le admitió el cliente medio sudado por el pavor que ella, como una sibila sin corazón, le acababa de clavar en medio del pecho—. Justamente por eso he venido a verlos... porque me lo puedo imaginar...

—Pues no es necesario que se preocupe más por este problema que lo tiene angustiado —le soltó Inés lanzándole un gesto triunfante—, porque en “El lázaro satisfecho, cadáveres sonrientes. No RIP”, lo tenemos todo a punto con el fin de poder ir a sacarlo de la fosa y salvarlo justo en el momento en que usted haya regresado a la vida... porque sabemos que si no reaccionáramos deprisa y lo salváramos, no tendría sentido nuestra empresa, porque tenemos estudiado que si hiciéramos un poco el loco, el muerto, usted, ¡en cuestión de minutos volvería a quedar fijado para siempre en el polvo más helado y solitario de todos los posibles!